

Nos parece, finalmente, que el libro de Andrés Vázquez de Prada, para ser captado en toda su profundidad, necesita un cierto nivel de cultura y de comprensión de las realidades cristianas, pero su lectura es fácil y agradable, asequible a todo tipo de personas, que descubrirán aquí, como en la vida de tantos santos, las maravillas del amor divino por los hombres.

J. SESÉ

J. M.^a CASCIARO-J. M.^a MONFORTE, *Jesucristo, salvador de la humanidad. Panorama bíblico de la salvación*, EUNSA, Pamplona 1996, 667 pp., 24 x 17, ISBN 84-313-1430-3.

Las indicaciones bibliográficas del volumen dan noticia cabal de las características más precisas del libro que ahora recensionamos. Las 667 páginas de que consta el libro nos dicen en seguida que estamos ante una obra monumental; el título y el subtítulo precisan tanto el objeto de estudio —Jesucristo en cuanto salvador— como el punto de vista desde el que se trata el tema propuesto: el de la teología bíblica.

Los autores advierten en la introducción (cfr. p. 37) que esta obra está concebida como una segunda parte de un libro anterior de los mismos autores: «Dios, el mundo y el hombre en el mensaje de la Biblia» (ver recensión en «Scripta Theologica» XXV [1993] 1145-1148). Con aquella obra, la actual forma una especie de díptico que quiere englobar los temas capitales de la revelación cristiana. Si la anterior privilegiaba más la perspectiva de la creación, ésta se detiene en el concepto de salvación; o, desde otro punto de vista, si «Dios, el mundo y el hombre...» se sostenía sobre la revelación de Dios al hombre, «Jesucristo, Salvador...» intenta la profundización en el sentido salvador de la Encarnación.

El libro consta de cinco partes en las que se inscriben ocho capítulos. La primera parte, «El anuncio de la salvación», consta de un único capítulo en el que se aborda el estudio de los textos mesiánicos del Antiguo Testamento. Los autores parten de los textos iniciadores del mesianismo real —los oráculos de Balaám (Num 22-24) y Natán (2 Sam 7, 1-17)— pero se detienen especialmente en la literatura profética. El capítulo se inicia con una breve presentación del profetismo en Israel —la vocación y la misión de los profetas, sus temas preferidos, etc.— y, a continuación, en el marco de la actividad histórica de cada profeta, se analizan con más detenimiento aquellos textos proféticos que cobrarán especial vigor en la boca de Cristo o en la pluma de los escritores del Nuevo Testamento: Am 9, 11-15; Jer 23, 5-8; Ez 34; Zach 3, 8-10; 9, 9-10; Dn 7, 9-

14, etc. En este marco se presta una dedicación especial a los textos del libro de Isaías, tan continuamente presentes en el Nuevo Testamento: las profecías del libro del Emmanuel (Is 6-11), y los poemas del Siervo de Yahweh (Is 42-53).

Con todo, este primer capítulo es bastante breve (65 páginas) y sirve prácticamente para introducir la segunda parte del volumen a la que se le concede una mayor entidad: «El salvador anunciado». Esta segunda parte consta de tres capítulos: «Nacimiento, infancia y vida oculta de Jesús», «La vida pública de Jesús y el Reino», «Pasión, muerte y resurrección de Jesús». Estos dos últimos capítulos (con 149 y 177 páginas, respectivamente) son, con bastante diferencia, los más extensos del libro. Los capítulos dedicados a la vida de infancia de Jesús y a la pasión, muerte y resurrección, siguen en buena medida la narración de los evangelios. Los autores examinan los acontecimientos narrados en los evangelios a la luz de dos presupuestos: la historicidad de lo narrado —teniendo presentes las formas literarias con que están compuestos— y el sentido teológico que tienen estos relatos. Un ejemplo podrá aclarar el procedimiento que se sigue. El capítulo II dedicado a los evangelios de la infancia se divide en dos apartados: el anuncio del Salvador y la llegada del Salvador. En este segundo apartado el centro del estudio son las manifestaciones de Jesús en el Templo como Luz de las gentes (Lc 2, 22-35) y la Epifanía a los magos (Mt 2, 1-12). No cabe duda de que esta distribución de los contenidos de los evangelios de la infancia sigue, por una parte, el curso de lo narrado en los evangelios, pero además señala de una manera gráfica el centro teológico de lo narrado. Con todo, el esfuerzo más grande de esta segunda parte está en el capítulo III cuando se aborda la vida pública de Jesús. Los autores, como indica el título del capítulo —«La vida pública de Jesús y el Reino»— centran el análisis alrededor de las palabras y actitudes del Señor en relación con el Reino de Dios que llega con Él. Se examinan aquí los milagros, la actitud de Jesús con los pecadores, la relación con sus discípulos, y, sobre todo, la predicación del Señor en la perspectiva del Reino que ha venido a establecer. Ciertamente un tratamiento sistemático de este tipo desnarrativiza la obra de los evangelistas, pero, de este modo, la exposición gana mucho en la profundización de sentido de las palabras y las obras de Jesús.

La tercera parte —«La Iglesia, instrumento de salvación»— consta de nuevo de un único capítulo en el que se aborda la descripción de la Iglesia que se hace en el libro de los Hechos. Tras una breve introducción al género literario y a las cuestiones presentes en el libro, los autores centran su estudio en un análisis más detenido de los episodios de Pentecostés (Hch 2) y de la conversión del centurión Cornelio (Hch 10-11). La salvación decretada por Dios y su alcance universal quedan de este modo explicadas en los textos nucleares. El hecho de detenerse en estos dos pasajes del libro de los Hechos refleja también

la voluntad de seguir el horizonte de la Historia de la salvación pues reflejan dos etapas sustanciales de esta historia.

La cuarta parte —«Salvación y tiempo presente»— consta de dos capítulos y propone un examen de las cuestiones principales relativas a la salvación que se plantean en las epístolas neotestamentarias. Obviamente el cuerpo principal del análisis está en el capítulo sexto, titulado «Salvación en el corpus paulino». Tras un primer apartado en el que abordan los límites y la vigencia de la expresión «la teología de San Pablo», los autores dividen el corpus paulino en tres grupos: lo que denominan las grandes cartas (Romanos, Corintios y Gálatas), las cartas de la cautividad, y, finalmente, encuadran también en este ámbito el estudio de la carta a los Hebreos y las cartas pastorales. De menor extensión es el capítulo séptimo —«Salvación en las cartas católicas»— en el que se abordan las epístolas de Santiago, Pedro, Judas y Juan y la primera parte del Apocalipsis. Con esta distribución es fácil adivinar que los autores pretenden un tratamiento sistemático de las cuestiones planteadas y no un acercamiento cronológico de los temas suscitados en los orígenes del cristianismo. Por eso no es de extrañar que la exposición se centre en los motivos teológicos centrales de las cartas: la justificación (a propósito de Romanos y Gálatas), la salvación en el marco de la sacramentalidad (al tratar de las epístolas a los Corintios), el llamado misterio de Cristo que preside las epístolas de la cautividad, la custodia del depósito de la fe y los ministerios de la Iglesia (en las pastorales), y el desarrollo de la vida cristiana expuesto en las cartas católicas.

Finalmente, la quinta y última parte, «Salvación y tiempo futuro», examina la presentación de la escatología que recorre el Nuevo Testamento: se inicia en el estudio del discurso escatológico de los sinópticos y se sigue con la escatología presente en San Pablo —especialmente en Tesalonicenses—, en los escritos de San Pedro y en el Apocalipsis.

La breve descripción de los contenidos del volumen expuesta hasta ahora puede dar razón de una característica de esta obra: el tono es más expositivo que especulativo. Hay varias notas que podrían justificar este aserto. Por ejemplo, los autores han buscado más la comprensión de la doctrina cristiana a la luz de los escritos del Nuevo Testamento que una apología de la diferencia —o de las peculiaridades propias— de los diversos escritos neotestamentarios. Otro ejemplo que podría avalar la afirmación son las introducciones a las diversas partes del estudio en las que los autores se detienen, aunque sea con brevedad, para explicar las nociones que pueden orientar al lector en la comprensión de lo que está implicado en algunos textos de la Sagrada Escritura: así las breves nociones sobre el gnosticismo o sobre la antropología paulina necesarias para la comprensión de las expresiones del Apóstol (cfr. pp. 467. 472-473).

Otra característica, que podría derivarse de lo dicho antes, es la viva percepción de los autores, al menos en lo que aparece en el texto, de la unidad de la Sagrada Escritura y de los contenidos de la revelación. El hecho de seguir un esquema expositivo que reproduce la ordenación del canon del Nuevo Testamento sería ya una buena muestra de esta actitud. Pero hay también aquí otras notas que prueban esta afirmación: con frecuencia los autores examinan los textos y —situados en el horizonte conceptual de la salvación— prolongan el análisis desde el momento en que se detiene el texto sagrado hasta la actual vida de la Iglesia que vive también de este texto: así por ejemplo en la descripción de la Eucaristía (pp. 311-321). En este sentido, y aunque tal vez los autores no lo hayan buscado, el libro puede tenerse como una profundización en los textos de la Sagrada Escritura de gran parte de la doctrina que se expone en el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

A las dos características que hemos señalado en los párrafos anteriores habría que añadirle una más que parece decisiva a la hora de calificar de algún modo la obra: la inquietud pastoral que la guía. Los autores dejan notar esa inquietud en algunas reflexiones (cfr. pp. 150-151; 162-163), pero donde mejor se descubre es en el tratamiento que reciben los temas tratados. Es ejemplar a este respecto el tratamiento de los Evangelios de la Infancia en los que es fácil descubrir un lenguaje inclusivo que evita afirmaciones desconcertantes, o en la introducción a los escritos de San Pablo donde se trata de la evolución del pensamiento del Apóstol, etc. De este modo, los autores, con una técnica hermenéutica consistente en hacer explícito lo implícito, son capaces de presentar los textos bíblicos de una manera viva e interpellante, sin caer en disecciones que puedan esterilizar su vigor.

Obviamente, un trabajo de este tipo no está al alcance de cualquiera, sino de quien ha dedicado mucho tiempo al estudio y a la reflexión sobre los asuntos que va a tratar. Son pocos los autores capaces de enfrentarse a objetivos tan amplios, pero una simple ojeada a la Bibliografía final descubre en seguida otras obras del profesor Casciaro sobre temas semejantes: «Jesucristo y la sociedad política» (1973), «Estudios sobre Cristología del Nuevo Testamento» (1982), «Las palabras de Jesús: Transmisión y hermenéutica» (1992), «Jesús de Nazaret» (1994), etc. Estamos pues ante una obra de madurez en la que es fácil descubrir una unidad de fondo porque los temas han sido meditados y reposados largo tiempo. En este sentido, el volumen, especialmente en lo que se refiere a los evangelios y al corpus paulino, tiene la impronta de muchos de los escritos del profesor Casciaro: recurre a la investigación clásica cuando el caso lo requiere, como en los evangelios de la infancia (cfr. pp. 116-117; 127-128); no desdeña en ningún momento la investigación histórica de los hechos y dichos

de Jesús; y está abierto a los logros de la lingüística y la narratología moderna cuando con ellos puede ofrecer una explicación más convincente de la significación de los textos (cfr. pp. 177-189).

Ciertamente en un trabajo de la amplitud que estamos reseñando se podría discutir cada uno de los pasos: desde la orientación del trabajo, a la bibliografía, pasando por el enfoque de cada uno de los apartados. Es claro que los autores privilegian la perspectiva de la historia de la salvación y que lo hacen desde una consideración de la doctrina católica que hunde sus raíces en las expresiones bíblicas. Es una opción que, sin duda, está muy de acuerdo con las perspectivas que se anuncian para el cristianismo en la vigilia del tercer milenio. Por ello hay que felicitar a los autores: por su valentía y también por el empeño que han puesto en realizarlo.

El lector atento puede descubrir algunas erratas —sobre todo de orden tipográfico, aunque también hay algunas repeticiones innecesarias— especialmente en las notas a pie de página. Sin embargo, dada la envergadura del proyecto y la cantidad de bibliografía presente en cada página, estos detalles no pueden empañar el valor científico y doctrinal que tiene el volumen.

V. BALAGUER

W. PANNENBERG, *Teología sistemática*, vol. II, UPCO, Madrid 1995, traducción de Gilberto Canal, 547 pp., 17 x 24, ISBN 84-87840-65-5.

Wolfhart Pannenberg es probablemente el teólogo protestante actual más conocido e influyente. Nacido en 1928 (Stettin, entonces Alemania, hoy Polonia), ha enseñado teología evangélica en las Facultades de Maguncia y Munich. Es autor de una amplia producción teológica, que incluye obras como *La revelación como historia* (1961), *Fundamentos de Cristología* (1964), *Cuestiones fundamentales de teología sistemática* (1967 y 1980), *Teología y Reino de Dios* (1971), *Teoría de la ciencia y teología* (1973) y *Ética y eclesiología* (1977).

Puede decirse que esta extensa obra teológica culmina de algún modo en los tres volúmenes de *Teología sistemática* que, en su versión original, datan de 1988, 1991 y 1993, respectivamente. La traducción española del volumen primero —realizada por J. A. Martínez Camino— fue publicada en 1992 (UPCO, Madrid). Este volumen contiene la exposición de la doctrina cristiana sobre Dios, que va precedida de un capítulo introductorio en el que se trata la verdad de la doctrina cristiana como tema de la teología sistemática. El volumen II que vamos a comentar aquí se ocupa de la teología de la creación,